Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© HRM Ediciones. 2023

Publicado por Historia Rei Militaris SL
Calle Aguarón, 22-local dcha. 50014 Zaragoza
www.hrmediciones.com

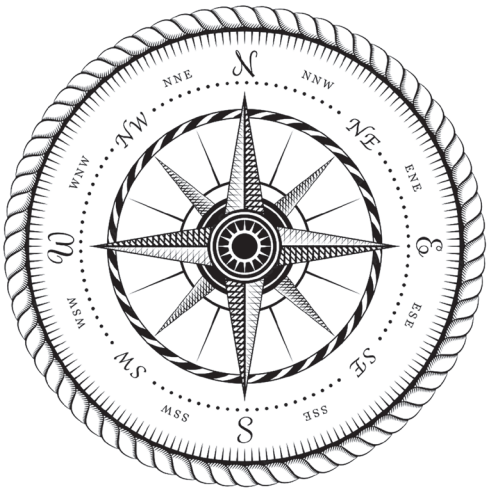
Autor	José Manuel García Ramírez
Diseño de portada	José Antonio Gutiérrez López
Maquetador	José Antonio Gutiérrez López
Coordinador editorial	Francisco Medina Portillo

ISBN 978-84-17859-72-5
Depósito Legal Z 1284-2023

Impreso en España

Carlos V contra Barbarroja

Desde el ataque a Otranto hasta la muerte de Jeireddin Barbarroja. (1480-1546)



JOSÉ MANUEL GARCÍA RAMÍREZ

www.hrmediciones.es

Índice

Otranto (1480-1481) 7
Granada y sus consecuencias (1482-1497) 15
Los juegos de alianzas en África (1497) 32
Normas defensivas para el Reino de Granada (1497) 35
La presión turca (1498-1499) 39
Más problemas para los Reyes Católicos. Cefalonia (1499-1501) 42
La gran ofensiva de Camali (1501) 49
Nueva organización en el Reino de Granada (1501) 52
Las defensas costeras en el resto de la zona castellana (1501) 55
Combates a muerte (1502) 58
Nace una leyenda (1503) 60
Primeros ataques documentados con detalles: Cullera (1503) 64
Los barbarroja se establecen en Túnez (1504) 66
Objetivo el norte de África. Mazalquivir y Cazaza (1505-1506) 71
Otras torres y defensas medievales en el Reino de Aragón 77
Problemas internos (1506-1507) 81
La hora de Pedro Navarro: Peñón de Vélez y Orán (1508-1509) 89
De la gloria al desastre (1510-1511) 96
La respuesta otomana. Los barbarroja (1512-1515) 105
Un nuevo rey para antiguos problemas (1516-1517) 116
Ataque a Tremecen. Jeireddin sucede a Aruj (1518-1519) 127
Djerba, Rodas, Peñón de la Gomera (1520-1524) 136
Rebelión en la sierra de Espadán (1525-1526) 149
Las guerras italianas (1527-1528) 159
La pérdida del Peñón de Argel (1529) 165
Álvaro de Bazán y Andrea Doria al servicio de España (1530-1532) 170
La gesta de Corón (1533-1534) 181
Túnez (1535-1536) 190
La tercera guerra con Venecia (1537) 200
Preveza. La derrota de Doria (1538) 204
Castel Nuovo (1539) 210
Gibraltar (1540) 213
Argel (1541-1542) 218
Jeireddin en Marsella (1543-1544) 224
Jereiddin se retira (1545-46) 233
Bibliografía 242

OTRANTO (1480-1481)

El año comenzaba marcado por el enfrentamiento entre los Caballeros de Rodas y los turcos que se tienen un odio visceral que va más allá de fanatismos religiosos. Los otomanos organizaron una gran flota compuesta por más de doscientas cincuenta naves que se dirigieron a la principal base de los también conocidos como caballeros de San Juan. Era una ofensa para los turcos que la principal base de los caballeros estuviera delante de sus propias costas, siempre amenazante y vigilante de todos sus movimientos.

Era finales del mes de mayo de 1480, cuando el Sultán Mehmet ordenó a su ejército que se reuniera en la ciudad Vlore (Valona), en territorio albanés, donde le espera la poderosa flota de galeras mandada por el Gobernador Pasha Gedik Amed, que será el responsable de dirigir las operaciones de la tan formidable agrupación terrestre y naval, que ha puesto sus ojos sobre la Isla de Rodas.

Gedik goza de la confianza del Sultán desde que consiguiera reforzar la presencia turca en Anatolia y, sobre todo, desde que expulsara a los genoveses de la península de Crimea que hizo sentir al Sultán Mehmet que contaba con una fuerza militar imponente que le serviría para ser el Señor del nuevo Imperio Romano que se enfrentaría a los caballeros, a cuyo mando se encontraba el Gran Maestre Pierre d´Abusson.

Una vez llegaron a la isla, establecieron los turcos su campamento, asentaron sus piezas contra las defensas de Rodas y el día 9 de junio comenzaron a bombardearlas, hasta que las consideraron suficientemente dañadas como para comenzar el asalto de la infantería. A pesar del esfuerzo otomano, donde no les faltó el valor a los asaltantes, el ataque resultó un completo fracaso por la obstinación de los defensores, que habían construido una segunda línea defensiva detrás de los derruidos muros de primera línea.

Cambiaron los turcos de táctica y decidieron someter la ciudad por cansancio, hambre y enfermedad, pero los caballeros resistieron y a finales de julio los turcos se decidieron a montar un nuevo ataque contando con un fuerte grupo de jenízaros que encabezarían el asalto.

Eligieron zona de ataque la llamada Torre de Italia, al sureste de la ciudad, que fue conquistada y por donde se introdujeron en la ciudad más de dos mil jenízaros. Pero, tras tres horas de combate, consiguieron reducir los caballeros a los intrusos, expulsándolos de la zona amurallada y obligándoles a regresar a su campamento, hasta donde fueron perseguidos, causando tan

gran destrozo que los turcos se verían obligados a abandonar su propósito y decidieron reembarcarse.

Los jefes turcos no podían presentarse ante su señor con esta derrota y mientras se producía el sitio, decidieron enviar la flota al borde más meridional de Italia, abandonando los últimos hombres que quedaban la zona de Rodas el 17 de agosto de 1480.

En un principio piensan los turcos marchar sobre el estratégico puerto de Bríndisi, la nueva puerta a oriente del Reino de Nápoles. Autentica capital del territorio y dotada de estupendos puertos, bien protegidos en dos ensenadas con un único acceso. La ciudad amurallada era defendida por dos poderosas fortalezas, una de origen veneciano, el Castillo Rojo y la otra era el veterano Castillo Suevo. Pero la población, a pesar de los esfuerzos, aún luchaba por volver a la cotidianidad normal de una ciudad costera y comercial tras haber sufrido el violento terremoto que arrasó la ciudad en 1456, dañando sus defensas y asolando las viejas edificaciones

Era un objetivo ambicioso, muy complejo de tomar. Durante la travesía, un fuerte temporal desvía a las fuerzas otomanas que aparecen finalmente frente a las costas de la ciudad de Otranto, situada más al sur.

La antigua ciudad de Otranto estaba situada en la región de Apulia, más exactamente en la Península de Salerno, el tacón de la bota italiana, mirando al mar Adriático en el Canal que lleva su nombre. En sus proximidades se encuentra el Cabo de Otranto, separación aceptada por los geógrafos del mar Jónico y el Adriático, siendo este el punto más avanzado hacia el este de la península italiana. Una avanzadilla cristiana hacia el oriente musulmán.

Fue habitada desde muy antiguo ya que había sido siempre una de las puertas del comercio entre oriente y occidente, por lo que fue ocupada durante su historia por romanos, bizantinos, ostrogodos, normandos, gibelinos, franceses y tras las vísperas sicilianas, por los aragoneses.

Siempre bien guarnecida por su valor estratégico, habían sido los normandos los que reforzaron más sus defensas con su característico estilo constructivo, dotándola de un poderoso castillo y mejorando sus murallas, aunque en estos momentos se encontraban deterioradas, algo obsoletas para los nuevos usos de la guerra, debido principalmente a que en los últimos años había perdido su influencia en la zona a favor de otras ciudades próximas como Bríndisi.

La población, importante en número para la época, no ascendía de poco menos de seis mil doscientas personas, que vivía confiada a una pequeña

guarnición, obteniendo sus beneficios de labores de comercio, volcada al mar, ajena a la amenaza turca que habitaba en la otra orilla del Adriático. Pronto recibiría su visita que, aunque no sería la última, sí sería la más devastadora.

La ciudad pertenecía al Reino de Nápoles, que había sido de la Corona de Aragón desde que Alfonso V impusiera sus derechos o más bien su voluntad sobre la nobleza napolitana. Tras su muerte sin hijos legítimos dejó el reino a su hijo bastardo, Ferrante I. Alfonso, recordemos, era V de Aragón y I de Nápoles y a su muerte repartió sus territorios entre su hermano Juan (al que correspondió el Reino de Aragón, Valencia y Sicilia) y su hijo bastardo, Ferrante. Juan sería el padre de Fernando el Católico.

La influencia del reino aragonés en la zona era evidente e incluso el nombre de su principal fortaleza sigue conociéndose hoy en día como el Castillo Aragonés, una gran fortaleza con tres grandes torres llamadas Alfonsina, De la Marquesa e Hipólita. Contaba con un gran bastión que daba al mar y rompía la forma cuadrangular de la antigua fortaleza medieval, llamado Bastión Aragonés en un primer momento y, tras su ampliación, en 1578 llamado de la Punta del Diamante. Contaba todo el entorno de la ciudad con un poderoso muro que protegía su acceso. Era un importante enclave estratégico que vigilaba las posesiones del reino del expansionismo marítimo de los turcos.

Alguna fuente llega a referenciar que el número de quienes, en aquellos momentos, se encontraban en la ciudad, era de catorce mil personas, debiendo de sumarse a los habitantes los refugiados de las poblaciones de alrededores.

Aquellos territorios eran gobernados por reyes de estirpe aragonesa, emparentados con el Rey Fernando el Católico que desde el año anterior regía en Aragón. Su situación era débil y sus tierras eran objeto de ambición para los reyes de Francia y Aragón, que jugaban una complicada partida de ajedrez para hacerse con su control y expulsar del trono al Rey Ferrante I de Trastámara para los italianos o Fernando para los españoles, al que consideraban bastardo e intruso.

Los otomanos, pese a que no se encuentran frente a la fastuosa Bríndisi, se encuentran sobre otra gran ciudad portuaria, cuyas defensas, a primera vista, aparecen antiguas y en mal estado de conservación, lo que hace que varíen su plan inicial y se preparen para conquistar aquella perita en dulce que se les ofrecía ante su codiciosa mirada.

Otranto aparecía ante sus ojos débil y vulnerable. El botín podía ser grande, pero además se ofrecía la posibilidad de tomar un importante puerto,

que una vez conquistado, serviría de base para sus futuras operaciones terrestres y navales en el territorio del sur de Italia, que tal vez pudiera ser conquistado y anexionado a la corona otomana, satisfaciendo la ambición expansionista del Sultán, si así lo aprobaban los designios del Profeta.

Era finales del mes de julio cuando desembarcaron en una bahía situada al norte de la ciudad, a la que aquellas dramáticas jornadas quisieron dar un nuevo nombre y que aún se recuerda como "de los turcos". Miles de hombres[1] pusieron pie en tierra frente a los escasos cuatrocientos defensores armados que podía presentar la ciudad, a cuyo mando se encontraban los bravos condotieros Francesco Zurlo y Giovanni Antonio Delli Falconi.

Francesco Zurlo, Señor de Pietragalla, era de origen napolitano y pertenecía a una noble familia de Puglia, pero para distinguirse de ellos eligió el apellido Zurlo, que es el nombre de un pescado muy conocido en las costas de Otranto. Fue nombrado jefe militar de la plaza por el Rey Ferrante, que ya temía una aventura otomana en la zona. Giovanni Antonio Delli Falconi era también de familia noble, descendiente de los señores de Pulsano, fue secretario del Príncipe de Tarento, Juan Antonio Orsini. Mandaba las tropas que, de todo el territorio, acudieron a la defensa de la ciudad.

Antes de comenzar el asedio se envió un mensajero ante los muros que pidió al gobernador la entrega de la ciudad, ofreciendo la posibilidad de ser perdonados y salir con vida a condición de que se convirtiera a la fe musulmana. Cuando la población se enteró del ofrecimiento debieron de surgir dudas de la lealtad del gobernador, ya que se alzaron contra él y poco faltó para que le lincharan. Ni que decir tiene que todos se conjuraron para rechazar el ofrecimiento y prefirieron la lucha en defensa de su ciudad y su religión.

Ante la falta de respuesta, un segundo mensajero musulmán fue enviado, pero no llegó tan siquiera a los muros, ya que cuando se aproximaba fue recibido por una lluvia de saetas que le impidió cumplir con su misión.

El 29 de julio comenzó un durísimo ataque con toda la artillería disponible. Pronto las murallas mostraron su debilidad, produciéndose numerosos boquetes, por donde los turcos se abrieron paso. Los habitantes se sintieron tan presionados que abandonaron la defensa exterior y buscaron refugio en su imponente castillo, donde todos los hombres se comprometieron a morir en la defensa.

---

1 Se calcula en 15.000 el número de asaltantes.

Con la población allí resguardada, comenzó el mismo día un machacante castigo artillero que se prolongó varios días. No había posibilidad ninguna de resistencia, no tenían apenas armas de fuego y sabían que los turcos habían dividido su numerosa fuerza en dos grupos. Uno les mantenía cercados sin posibilidad de escapatoria, el otro asolaba los alrededores e impedía la llegada de ayuda.

Nada se había podido hacer por los habitantes de Otranto. A pesar de los esfuerzos del Rey y su hijo Alfonso. Sus intentos de organizar una poderosa fuerza fracasaron. Sólo el Rey Fernando de Aragón mandó organizar una flota a su Virrey de Sicilia, Don Gaspar de Spes, que se encontraba enfrentado a las familias nobiliarias sicilianas por su forma altiva de dirigir el virreinato y bastante preocupado por los continuos enfrentamientos con el Rey de Túnez. Pero mientras se reunían los buques, los hechos se precipitaron.

Finalmente, el 11 de agosto, una debilitada guarnición, con sus capitanes muertos, supo que no podía resistir más y se rindió. El trato que recibieron de los vencedores no fue ni mucho menos piadoso. Como era habitual en aquellos pueblos orientales de la época, se decidió dar un castigo ejemplar a los supervivientes de manera que todos vieran qué ocurriría a quienes se enfrentaban al Sultán, dejando bien a las claras que la única manera de sobrevivir a los ejércitos otomanos que se presentaran frente a sus murallas era la sumisión absoluta.

A los hombres se les ofreció salvar la vida a cambio de su conversión al Islam, los que no aceptaron fueron ejecutados delante de sus familiares. Algunos hablan de más de ochocientos. Peor suerte corrió el Obispo de la ciudad. Cuenta la tradición que fue un anciano sastre, llamado Antonio Primaldo, el encargado de dirigirse a los conquistadores para informarles de que se negaban a aceptar sus condiciones y que fue, por tanto, el primero en ser ejecutado cortándole la cabeza. A pesar de todo su cuerpo permaneció en pie y así siguió, pese a los esfuerzos de sus asesinos de que cayera, hasta que el último de los mártires fue ejecutado. Del Obispo Pendinelli se dice que fue muerto a golpes de cimitarra, luego se le corto la cabeza que fue insertada en una lanza y paseada por toda la ciudad siendo su cuerpo descuartizado al igual que ocurrió con Francesco Largo, comandante de la Guarnición del Castillo. De Zurlo se llegaron a contar dos versiones, una decía que murió durante los combates junto a Falconi; la segunda crónica cuenta que su cuerpo fue aserrado en dos y sus restos colgados de los muros de la ciudad. Sólo las mujeres y los niños salvaron la vida, pero fueron reducidos a la esclavitud.

Los días tras la ocupación fueron largos y crueles para los supervivientes. Aquellos ochocientos hombres asesinados por su fe en la llamada Colina de Minerva fueron conocidos como Los Mártires de Otranto. Beatificados por el Papa Clemente XIV en 1771, fueron canonizados por el Papa Francisco el 12 de mayo de 2013. Son los santos patronos de la ciudad.

Del asedio aún nos hablan las calles de la ciudad que guardan en sus nombres el recuerdo de los héroes que la defendieron y se negaron a abandonar su fe. Aún impresiona ver en la Catedral una capilla con una imagen de la virgen y tras ella las calaveras y huesos que representan aquellos mártires.

Tomada la ciudad, los turcos decidieron seguir con sus planes y comenzaron a reparar las fortificaciones dañadas con el fin de establecerse en ella. Para su abastecimiento realizaron numerosas incursiones por los territorios próximos, haciendo correr el pánico hasta la mismísima Roma, que temía encontrarse con avanzadillas de soldados otomanos en cualquier momento. Italia creaba sus propios fantasmas.

Se llegó a preparar una gran coalición entre los estados italianos, pero como siempre pasa en la política, algún estado puso la nota discordante. En este caso fue Venecia que ya se había enfrentado años atrás a los turcos a causa de sus intereses comerciales y que, habiendo llegado a un acuerdo de no agresión, se negó a romper la neutralidad ofrecida al Sultán en los asuntos que sólo competieran a esta nación con otras. Nada quiso hacer ver a la Serenísima veneciana que le afectaban estas cuestiones para su política mercader. Aquel mezquino y despreciable acto implicó de inmediato el fracaso de aquella coalición.

El Rey de Nápoles se vio obligado a actuar sólo. Lo primero fue enviar a su hijo con una débil fuerza, pero los turcos decidieron neutralizar su movimiento desembarcando tropas en Vieste, ciudad muy al norte de Bríndisi, a la que arrasaron. Con las tropas en esta ubicación, las débiles fuerzas napolitanas se vieron desbordadas ante las posibilidades que surgían a su frente, por lo que detuvieron su avance. Por fortuna, los turcos abandonarían la zona de Vieste tras esquilmar los alrededores. Llegado el invierno, el Baja Gedik Amed ordenó retirarse a la mayor parte de sus tropas, regresando a territorio turco, pero dejando en Otranto ochocientos hombres de infantería y quinientos jinetes de caballería.

La humillación recibida por los cristianos escandalizaba a toda Europa y comenzó a prepararse una gran expedición en la que participarían varios reinos bajo la bandera de la cruzada, pero aún no había acabado el invierno y

su efecto se haría notar. Pronto tuvieron sus primeros fracasos en su intento de hacer flaquear a los defensores reduciendo sus salidas y las cosas empeoraron cuando comenzaron a llegar refuerzos a los sitiados. La expedición se venía abajo y los turcos volvían a campar por los alrededores de la ciudad.

Llegada la primavera van a entrar en juego tropas aragoneses, genovesas y napolitanas que forjaron una nueva alianza. Para ello reunieron una poderosa fuerza que fue puesta bajo las órdenes de Giulio Antonio de Aquaviva, un capitán italiano fiel servidor de Aragón por la que conspiró a su favor. Este estaba emparentado, por su mujer, con los famosos Orsini. Su vida fue un ir y venir de alianzas con unos y otros. Las cosas no comenzarían bien para los aliados y en una emboscada resulto muerto su líder, al que, siguiendo los crueles protocolos de la época, le fue cortada la cabeza y enviada al Sultán como trofeo que se negó a devolverla, a pesar de los ruegos y solicitudes de cuantos le admiraban. Aunque según otras fuentes, parece ser que más fiables, su cabeza fue cortada, atada a su cabalgadura y enviada al campamento aliado para crear el desánimo entre sus subordinados.

No sabían los turcos a quien habían ofendido sus actos y en lugar de venirse abajo moralmente, se reforzaron las medidas para conseguir el cerco. Se organizó una flota de galeras a las órdenes del antiguo pirata y ahora cardenal, Paolo Fregoso, que fue nombrado almirante de la flota compuesta por 23 galeras genovesas y 3 de Ancona. Mientras, en Calabria, se reunía un poderoso ejército. Ambas fuerzas reunidas tendrían como objetivo de sitiar la ciudad por tierra y por mar.

También participarían en las operaciones el aragonés Don Bernardo de Villamarín y el genovés Brizio Giustiniani que ayudaron a desembarcar tropas y tras pasar el invierno en Brindisi marcharon a las proximidades de la Isla de Sazan[2] donde vieron el paso de la flota turca que marchaba a Vlore. No se pusieron de acuerdo, el español no quería atacar y el italiano estaba deseoso de hacerlo. Cuando reaccionaron, la flota ya había pasado y sólo conseguirían capturar algún navío retrasado.

Al otro lado del Mediterráneo, las cosas también discurrían de modo favorable para los cristianos que recibían noticias de los enfrentamientos dinásticos entre los hijos del recién fallecido Sultán, lo que les garantizaban que los turcos no pudieran actuar de un modo unísono y contundente.

2 En aquellos días se le conocía como Saseno. Está situada al otro lado del Estrecho de Otranto.

En poco tiempo, el sitio de la plaza fue efectivo y nadie acudió a socorrer a los sitiados. Los ataques se sucedieron hasta el día 23 de agosto, en que se organizó un gran asalto que desbordó a los defensores, aunque consiguieron resistir. El Pasha Gedik Amed acordó una rendición honrosa por la cual pudo trasladar sus hombres a Vlore. La entrada triunfal en la ciudad de los rescatadores se convirtió en tristeza al descubrir que, de los habitantes, habían sobrevivido a los avatares del destino, apenas, trescientos.

El Papa, que había contribuido económicamente en las operaciones, deseaba continuar, pero ni los propios estados italianos mostraban interés y las cuentas vaticanas empezaron a flaquear y a faltar el dinero. Para colmo, empezaron a surgir problemas con el reparto del botín entre los principales líderes militares. Unos por falta de medios, otros por falta de interés y los más por faltas de pagas, comenzaron a negarse a continuar, forzando el fin de la coalición.

A Pasha Gedik Amed no le irían bien sus asuntos en su territorio y los azares del destino, junto las alianzas y pretensiones de las nuevas autoridades, le colocaron como el máximo responsable de la derrota. A pesar de haber apoyado al vencedor del litigio por el sultanato, Bayaceto II, que desconfiaba de él, lo mando llamar a Estambul, donde fue acusado y condenado a prisión, siendo ejecutado al año siguiente en Adrianópolis, la actual Edirne.

Las lecciones aprendidas de aquellas operaciones fueron la certeza de la voluntad expansiva de los sultanes turcos y su capacidad para lanzar grandes operaciones por mar y por tierra. Por otro lado, en el lado cristiano, se podía ver con claridad la dificultad para que cualquier estado se enfrentara sólo, con sus propios medios, al todopoderoso otomano y, lo que era peor, la incapacidad para llegar a crear coaliciones capaces de tener éxito o prolongarse en el tiempo, debido en buena medida a los intereses económicos, comerciales y territoriales de unos y otros.

En el caso particular de los españoles, de momento de la corona de Aragón primordialmente, lo que quedaba claro era que se habían convertido sus posesiones italianas y la de sus familiares en primera línea de combate y frontera entre dos mundos enfrentados. Pero lo peor de todo es que sus intereses aspiraban a expandirse por este lado del Mediterráneo italiano y frente a ellos iba a chocar con dos potencias también cristianas con intereses diferentes, pero que confluían en este sector, Francia y Venecia.

Lo que sí aprendieron rápido, y tomaron buena nota los militares aragoneses y el Rey Fernando, fue de su incapacidad para derrotar en solitario

al nuevo enemigo de oriente, por lo que siempre se esforzarían en buscar alianza, muchas de ellas a sabiendas de su temporalidad, pero que permitieran al menos defenderse, que no derrotar y muchos menos conquistar, del imperio de los sultanes otomanos.

GRANADA Y SUS CONSECUENCIAS (1482-1497)

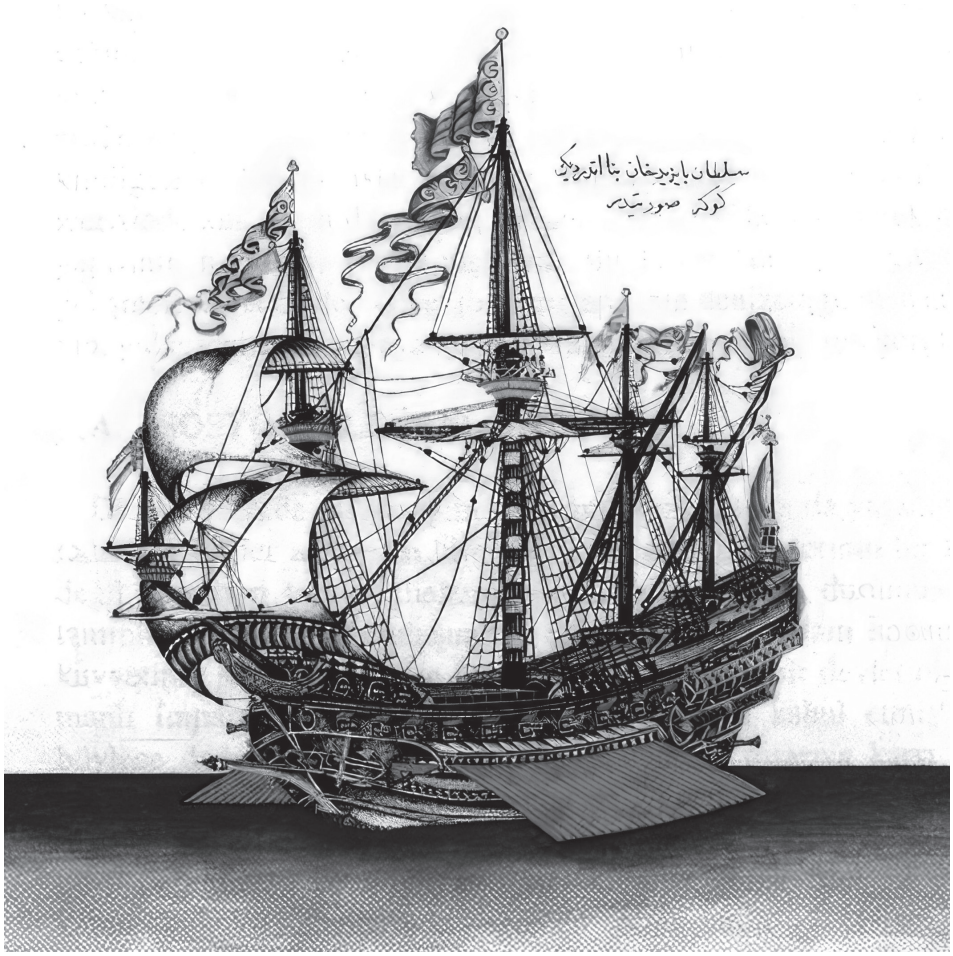
Las ambiciones políticas de los líderes europeos de las costas del Mediterráneo pronto entrarían en juego y la zona se vería envuelta en una pugna continua entre ellos. Así veremos en 1483 al genovés Fregoso incordiando los intereses aragoneses, llegando a plantarse frente al puerto de Barcelona, donde persigue dos naves aragonesas capturando una de ellas. Fregoso no se limitará a esto. Conspirará contra el Dogo de Génova, apoyado por una familia que luego hará fama y fortuna en el mar, los Doria, consiguiendo ser nombrado nuevo Dogo. También visitaran las costas valencianas Giorgetto Doria que, junto a sus familiares Constantino y Domenico, empiezan a hacerse los principales valedores navales de Génova y junto a ellos un joven, que este mismo año, decide unirse al clan familiar y optar por la milicia, Andrea Doria.

Pero las cosas no irían bien para Génova, los Fregoso tendrían graves problemas con los franceses y a pesar de que se convirtieron en una de las grandes familias genovesas con varios gobernantes en la familia, chocarían también con su pueblo, produciéndose continuos cambios en el gobierno de la República.

Por aquellos días, los reinos peninsulares acometieron la tarea de conquistar el último vestigio del poder musulmán en la Península y para ninguno de los dos bandos pasó desapercibido el papel que podía llegar a jugar el imperio turco en los acontecimientos.

Boabdil, rey de Granada, consciente de su inferioridad militar, enlazó con sus hermanos en la fe del otro lado del mar. Envió dos emisarios que partieron de Játiva y Paterna para entrevistarse con los ministros del Sultán. Consiguieron llegar a Estambul e hicieron una propuesta al otomano para que mandase un gran ejército que desembarcase en Valencia, donde habrían de unirse cerca de doscientos mil mudéjares[3] con los que poder derrotar a los cristianos.

3 Mudéjar era el nombre adoptado para designar a los musulmanes que seguían viviendo en territorios cristianos.



GÖKE, BUQUE INSIGNIDA DE KEMAL REIS.

Una embajada ambiciosa que, aunque llamó la atención sobre España, no valió para movilizar grandes contingentes de apoyo sobre el terreno. Los emisarios no consiguieron convencer para el envío de las tropas deseadas, pero sirvieron como denuncia de la situación a la que eran sometidos los musulmanes de la Península, permitiendo la llegada de algunos importantes auxilios. Era el año de 1487, el sultán turco Bayaceto II[4] ordenó a su Almirante

El termino se podría traducir como "domesticado".

4 Beyazid para los turcos